

TEJIENDO VÍNCULOS, UNA EXPERIENCIA DE APRENDIZAJE- SERVICIO

OCTUBRE 2023

BET SOLDEVILA

Escoleta de Vilanova de Bellpuig



Tejiendo vínculos, una experiencia de aprendizaje-servicio

Bet Soldevila

Es difícil encontrar espacios públicos en los que la primera infancia (los de cero a tres años) pueda ejercer el derecho a ser sin que su esencia quiera ser alterada. A menudo son olvidados en el diseño de espacios y actividades culturales y de ocio, ya que no se tienen en cuenta sus necesidades específicas. Cuando se atienden estas necesidades, suele hacerse de forma segregada, ofreciéndoles propuestas exclusivas para ellos y ellas y sus familias, que los acompañan o supervisan, lo que les sitúa en espacios donde sus interacciones con otros miembros de la sociedad quedan limitadas. Son un colectivo invisibilizado, con su derecho a ser sujeto a lo que podrán llegar a ser en una proyección hacia el futuro; son los ciudadanos del mañana. Mientras este futuro no llega, es necesario esforzarse en hacerse mayor y dejar de hacer esas cosas “tan molestas” que les caracterizan, como moverse, reír, gritar, jugar y explorar.

Con la voluntad firme de revertir esta percepción sobre nuestro alumnado, desde el centro de educación infantil se puso en marcha el proyecto “Passejades” (paseos). Este proyecto tiene como objetivo fomentar este buen hábito de vida, a la vez que, de forma progresiva, descubrimos nuestro entorno cercano y, sobre todo, lo ocupamos y habitamos, dejándonos ver como ciudadanos de hoy, que pisamos fuerte, tal y como somos, con nuestro propio sonido, nuestro movimiento, nuestros ojos en las manos y nuestras preguntas, pues este espacio también nos pertenece.

Fue en uno de estos muchos paseos que descubrimos, detrás de un enorme cristal, la presencia de unas personas con mirada curiosa y sonrisa amable que nos saludaban: eran los usuarios y usuarias de la residencia de gente mayor del pueblo. Saludar a las personas mayores de la residencia se convirtió en una ceremonia buscada cada vez que salíamos por el pueblo hasta que un día nos abrieron las puertas y tuvimos la oportunidad de mirarnos y tocarnos de cerca. En este encuentro, pudimos percibir la fuerza y la conexión que emergía, de forma natural, entre ambos colectivos; estábamos al otro lado del “espejo”, donde se encontraba el otro lado de la vida. Una de las residentes lo expresó de forma precisa en nuestra primera actividad conjunta: "aquí nos encontramos



la "A" y la "Z", y nos tocamos por el otro lado". Cuánta sabiduría y cómo ha resonado esta frase en nuestras cabezas y en nuestros corazones mientras desarrollábamos el proyecto. ¡Cómo resuena todavía! Compartíamos con ellos y ellas más de lo que podría parecer a primera vista: una supuesta vulnerabilidad y la invisibilización de nuestros colectivos. A un lado se encuentra la "A", donde viven los ciudadanos del mañana y, en el otro, la "Z", donde residen los ciudadanos del ayer, ya que su "derecho a ser" está sujeto a lo que llegaron a ser en el pasado. Ese día les invitamos a unirse a nuestro próximo paseo; los primeros pasos de este proyecto.

Aquellos encuentros fortuitos poco a poco se fueron transformando en un contexto de aprendizaje con periodicidad semanal, donde los valores de relación, vínculo y compromiso iban encontrando su sitio. A través del juego como vehículo, las manitas inquietas se encontraban con manos llenas de experiencia, dispuestas a compartir y acariciar. Las personas mayores reconectaban con momentos pasados llenos de vida, a través del trazo con los pinceles y la pintura, el modelado con barro o plastilina, la construcción de escenas imaginadas con las piezas de madera o de colores... La sintonía



entre pequeños y mayores y la conexión con las propuestas y los materiales resultaba tan poderosa que las diferencias de edad y experiencia sólo podían percibirse si te fijabas en las bellas arrugas. En aquellos encuentros matinales, todos y todas se convertían en un grupo cohesionado que compartía experiencia, dinámicas e incluso conflictos cuando un pequeño y un mayor competían por el mismo material, una escena tan habitual en la cotidianidad del aula que nos hacía morir de risa.

Aquella nueva red de colaboración nos fortalecía mutuamente, a pequeños/as y mayores, haciendo emerger las fortalezas de unos/as y otros y haciéndonos autónomos/as a la hora de cubrir las propias necesidades. Todos y todas nos ayudábamos y entre todos y todas montábamos la propuesta del día, desplegando los materiales que un rato antes los niños y niñas habían seleccionado cuidadosamente en la escuelita y que querían compartir con sus compañeros y compañeras de la residencia. Las personas mayores ayudaban a las pequeñas a subir a aquellas sillas de adultos en ese espacio pensado para los adultos, a acercar materiales, a construir más arriba... mientras que las niñas y los niños ayudaban a acercar las sillas de ruedas al espacio de juego, a hacer sitio entre mesas y sillas para prevenir tropiezos o les ofrecían la mano para darles seguridad. Entre todos y todas recogíamos antes de irnos, a menudo entre quejas de que el rato se hacía corto. El proyecto nos daba la oportunidad de poner en valor una nueva práctica: la de cuidarnos

y la de cuidar, alimentando así una ética del cuidado (Batlle, 2012) y esto nos fortalecía mutuamente, devolviéndonos el protagonismo que nos habían arrebatado y recuperando el espacio que nos corresponde, pues no nos reducimos a personas y personitas que necesitan cuidados, atención, compañía y entretenimiento, sino que las personas que normalmente somos “atendidas” también sabemos cuidar, acompañar y divertirnos juntos, y tenemos capacidad de acción, dignidad y voz (Hargreaves, 2002). En este acto, reivindicábamos también la importancia de poner en el centro a las personas, revalorizando el cuidado de la vida, el autocuidado y la solidaridad, promoviendo una ética del cuidado que impactará sobre las relaciones, los vínculos interpersonales y la atención a necesidades concretas (Intered, 2017) en un proyecto que tiene como base la reciprocidad y en el que costaba diferenciar quién ayudaba a quién, quién actuaba y quién se beneficiaba de la acción (Puig et al., 2011).

De este modo, nuestro grupo de niños de 2 y 3 años, cuando pasaban el umbral de la puerta de la residencia, ejercían de agente movilizador, que irradiaba su energía, no sólo hacia las personas mayores, sino también a sus familiares que a menudo estaban de visita o a la gente que encontrábamos por la calle y nos preguntaban dónde íbamos y qué íbamos a hacer. A final de curso pudimos compartir la experiencia en una exposición abierta a toda la gente del pueblo y también en una charla para docentes en el marco de un encuentro de buenas prácticas educativas. A través de estas acciones (y de las redes) pudimos conectar ambos centros con el resto de la comunidad, mostrando un modelo inclusivo y equitativo, con la esperanza de remover conciencias, promover la reflexión, sensibilizar, contagiar de buenas prácticas y, en definitiva, generar un impacto social que transforme nuestro entorno inmediato, haciendo visible el poder de las pequeñas acciones para avanzar hacia una comunidad educativa integradora, impregnada de amor y respeto hacia nuestros pequeños/as y nuestros mayores.



Una experiencia de aprendizaje-servicio

Este proyecto se ha enmarcado en la metodología de aprendizaje servicio, dándonos la oportunidad de aprender mientras ofrecíamos un servicio a la comunidad, a través de una experiencia altamente educativa, sencilla y poderosa, reforzando aprendizajes, trabajando en red y uniendo éxito educativo con compromiso social (Batlle, 2011).

El aprendizaje servicio nos ayuda en la significación de los aprendizajes y activa al alumnado (y, en este caso, a las personas mayores), como ciudadanos útiles, visibles y activos dentro de la comunidad local,

accionando y adquiriendo competencias y valores como la empatía, la solidaridad, la amabilidad, la responsabilidad, la comunicación, la participación, la colaboración, el apoyo mutuo, la generosidad. La activación de nuevas competencias nos ayuda a formar una imagen positiva de nosotros mismos y a convivir y relacionarnos con los demás. En definitiva, gracias a experiencias como esta construimos las bases para aprender a formar parte de la sociedad y habitar el mundo de forma reflexiva, ética y responsable, con implicación y compromiso social, formando ciudadanos capaces de mejorar la sociedad provocando cambios en su entorno y no sólo en su currículum personal (Batlle, 2012). Así es como podemos avanzar hacia una cultura de la equidad, la inclusión y el respeto a la diversidad, sin olvidar la conexión con los contenidos curriculares (asociados a cada una de las propuestas), haciendo una estrecha vinculación entre aprendizaje y servicio, en lo que podríamos llamar una pedagogía de la reciprocidad (Martínez, 2007).

Si queréis conocer en profundidad la experiencia, lo podéis hacer en:

<https://sites.google.com/view/teixint-vincles/inicio>



Referencias bibliográficas

- Batlle, R. (2011). ¿De qué hablamos cuando hablamos de aprendizaje-servicio. *Crítica*, 972(61) 49-54.
- Batlle, R. (2012, diciembre, 12). *Aprendizaje servicio para una educación empática* [Video]. TED Conferences.
- Hargreaves, A. (2012). *Enseñar en la sociedad del conocimiento*. Octaedro.
- Intered (2017, diciembre). *Guía de aprendizaje servicio con una mirada de cuidados* [Archivo pdf].
- Martínez, A. (2007). Service Learning o Aprendizaje Servicio. La apertura de la escuela a la comunidad local como propuesta de Educación para la Ciudadanía. *Revista de Pedagogía*, 59(4), 627-640.
- Puig, J.M., Gijón, M., Martín, M.J. y Rubio, L. (2011). Aprendizaje-servicio y Educación para la Ciudadanía. *Revista de Educación*, (1), 45-67.